

## AQUÍ HAY GATO ENCERRADO

Estaba doña Pancracia durmiendo en su apartamento lleno de pelo de gato y bolas de pelo cuando se abrió la puerta. ¿Quién habría entrado? Era el lechero, ese pobre hombre que siempre acababa lleno de arañazos de su gato y con unas botellas rotas.

-“Buenos días, Pancracia, siento la madrugada pero es que el jefe dice que tenemos que mejorar nuestro rendimiento” -



dijo el lechero mientras dejaba la leche y se iba. A la vieja algo no le encajaba, no había leche por el suelo, ni cristales esparcidos, ¿dónde narices estaba Misifu? Lo llamaba y lo buscaba por todas las oscuras esquinas de su apartamento, pero no lo encontró. Miró por la ventana. El lechero aún estaba allí y estaba metiendo una jaula en el maletero de su furgoneta.

-“Aquí hay gato encerrado”-, pensó la abuelita. Se fijó bien en la jaula y vio que salía una bola de pelo; sin duda era su gato. No se lo pensó dos veces y salió de su casa a toda prisa. De repente, todo el vecindario se metió en sus casas. Doña Pancracia no comprendía lo que ocurría cuando una leve brisilla le levantó el albornoz por detrás. ¡Se le estaba viendo el culo! Como una expresión que viene a cuento, dice: “En bragas y a lo loco”. Pancracia se ajustó rápidamente el albornoz y prosiguió su camino. Se estaba acercando al lechero poco a poco y con las pintas de loca que llevaba, el lechero se estaba empezando a asustar. La vieja llegó hasta el lechero y éste, asustado, se protegió con las manos y dijo:

-“¡Llévatelo todo pero no me hagas daño!”

La abuela, extrañada, se encogió de hombros y le hizo caso; cogió la jaula y se fue a su apartamento. Una vez allí abrió la jaula, pero lo de dentro no era su gato sino una especie de rata depilada. Era un chihuahua. Fue rápidamente al baño, cogió al perro con cara de asco, abrió la tapa del servicio, lo dejó caer suavemente y tiró de la cadena.

Ya habían pasado horas y Misifu no había aparecido. Le empezó a entrar hambre, fue a la nevera, sacó unas croquetas de la abuela- que gracias a esas croquetas se ahorra tener que hacérselas a sus hijos- bueno, dejó la publicidad, las cogió y las metió en el microondas y se fue a ver la tele.

Mientras estaba viendo la tele empezó a oír maullidos y a oler a croqueta chamuscada. Se levantó y fue corriendo a la cocina. Había humo por todas partes y del microondas salían chispas. Abrió rápidamente el microondas y sacó a Misifu. La abuela había acertado el refrán pero no como ella pensaba. El pobre

bicho estaba negro, chamuscado, le salía humo y no podía ni moverse. La vieja no sabía qué hacer. De repente, se le ocurrió una idea. Sacó una croqueta de la abuela y se la dio. El pobre gato no lo aguantó, se quedó tieso nada más tocarla con la lengua y no vivió para contarlo. Doña Pancracia se quedó sin gato y sin cocina, pero gracias a esto denunció a la compañía de microondas y de croquetas, les ganó y los dejó en bancarrota.

Y colorín colorado Pancracia se ha forrado.

**Carlos Anadón 2º ESO**

